

REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES DE SAN FERNANDO

---



LA AZULEJERIA  
COMO ELEMENTO DECORATIVO  
DE LA ARQUITECTURA

---

DISCURSO

LEIDO POR EL

EXCMO. SR. D. MANUEL ESCRIVÁ DE ROMANÍ  
Y DE LA QUINTANA

CONDE DE CASAL

EN EL ACTO DE SU RECEPCION PUBLICA

Y CONTESTACION DEL

EXCMO. SR. D. LUIS DE LANDECHO  
Y JORDAN DE URRIES

EL DIA 14 DE ENERO DE 1923



«MATEU»  
ARTES GRÁFICAS (S. .A)  
Paseo del Prado, 34  
MADRID

REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES  
DE SAN FERNANDO



# DISCURSOS

LEIDOS ANTE LA

## REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES DE SAN FERNANDO

EN LA RECEPCION PUBLICA DEL

EXCMO. SR. D. MANUEL ESCRIVÁ DE ROMANÍ  
Y DE LA QUINTANA

EL DIA 14 DE ENERO DE 1923



MADRID - 1923



# DISCURSO

DEL

EXCMO. SR. D. MANUEL ESCRIVÁ DE ROMANÍ  
Y DE LA QUINTANA  
CONDE DE CASAL



## SEÑORES ACADEMICOS:

**L**AS amplias puertas de esta casa solariega del Arte español ábrense, unas veces, a impulso del clamor producido por la trompeta de la Fama, y entonces, precedido por los atributos de la Pintura, la Escultura, la Arquitectura o de la Música, entra por ellas en vertiginoso tropel el Genio que un día se llamó Paret Alcázar y Vicente López, Piquer y Ponzano, Ventura Rodríguez y Villanueva, Arrieta y Barbieri, el Duque de Rivas y Menéndez Pelayo; otras, es la *obra maestra* que presenta a su autor, como el famoso Cristo, que no necesitó, ciertamente, hacer milagros, para que os honraseis dando asiento entre vosotros al gran pintor aragonés, gloria de España. Mas, en este caso, el aldabonazo ha sido tan modesto como producido por las frágiles cuartillas de papel, y tan tenue que no hubierais percibido el ruido si vuestro oído, inclinado a la benevolencia, no le hubiera prestado inusitada atención.

Por eso he subido la majestuosa escalera que nunca con mayor propiedad pudo llamarse de honor, temeroso y humilde, con la misma cortedad y azoramiento con que hace treinta años asistía a las reuniones que los lunes se celebra-

ban en la famosa «Huerta» del gran Cánovas del Castillo, cuyo jardín de entrada, cubierto de cristales, entre plantas y pájaros exóticos, daba paso al más abigarrado concurso de las damas más bellas y elegantes de la Corte de la Regencia, entre próceres ilustres, influyentes políticos y notables hombres de Ciencia y del Arte, como si cuanto representaba la cumbre de todos los órdenes sociales de aquella época hubiera querido prestar homenaje al gran estadista que, en momentos tales, reunía los mayores prestigios.

¡Quién hubiera dicho al tímido jovenzuelo, que por entonces daba los primeros pasos en los salones cortesanos, que la medalla académica número 48, que se honraba en el pecho del polígrafo insigne, como antes en el de Casado del Alisal, había de venir, al través de los años, por capricho de la suerte, a enorgullecer el suyo propio, para hacerle sentir la misma timidez juvenil de entonces, evocando recuerdos, y tal vez por la oportunidad del contraste evitándole caer en la necia vanidad!...

Pero, por fortuna para la medalla, y para el que hoy va a tener el honor de poseerla, no fué ni brusco ni rápido el descenso, ya que interrumpió la trayectoria otra personalidad ilustre, cuya pérdida para la Academia y para la Arqueología española, por lo insustituible, es justo motivo de perdurable duelo: D. Guillermo Joaquín de Osma y Scull, al morir Conde viudo de Valencia de Don Juan.

Todos le conocisteis, y al hacerlo pudisteis apreciar las dotes poco comunes de una inteligencia que el estudio avaloró, la firmeza de una voluntad consagrada a enaltecer a su patria al buscar en la arqueología del objeto una página, no por modesta menos preciada de sus glorias pretéritas.

De origen peruano, y, por lo tanto, español, nacido en

la Habana, de donde era también su señora madre, en los felices días en que la perla de las Antillas formaba parte de las joyas más ricas de la corona de nuestros Reyes, educado en las célebres Universidades de la Sorbona y Oxford, a la que consagró sus mayores cariños, fué Osma genial conjunto de las bellas cualidades de dos razas que, al unirse, marcan con señales indelebles un carácter forjado por las frías nieblas del Norte, que hace tenaces y calculistas a los hijos de Albión, y por el Sol meridional que aviva la inteligencia y dora el corazón de los españoles.

Por eso, al escribir la semblanza del difunto Académico uno de sus biógrafos, grande amigo suyo durante su vida, pudo decir de él que era «el sabio que, bajo máscara de acritud y destemplanza a veces, escondía un corazón de niño». Nada tan exacto. Los que no le conocieran más que por lo superfluo del trato social podrían confundir dos cualidades que suelen parecer sinónimas y no lo son: el *genio fuerte* y el *mal genio*; los que tuvimos el honor de asistir a sus tertulias domingueras, de pedirle un consejo y hasta de darle una opinión, pudimos apreciar en él cariño, bondad y cortesía.

Hombre de gran erudición, rebuscador de archivos y bibliotecas, coleccionista infatigable, mimado por la fortuna y por la suerte, no fué el pedante enamorado de su propio criterio, especie de Narciso espiritual que tanto abunda, sino quien, respetuoso del ajeno, sabía aceptar con noble modestia cuanto provenía de la especialización. Por eso supo rodearse de aquellos especialistas que, siéndolo en las materias por él cultivadas, pudieran aportar a sus estudios datos curiosos cuya procedencia no desdeñaba anotar en sus libros, reconociendo tácitamente que la sola conversación de los

eruditos es la más valiosa cooperación a toda obra de cultura, de investigación y de enseñanza.

Ya el Conde de Valencia de Don Juan, padre político del Sr. Osma, había organizado en los últimos años del pasado siglo una de las tertulias que, como el Parnasillo, el Liceo y el Ateneo mismo, estuvieron tan en boga en sus comienzos. Separábalas el carácter más literario de éstas y arqueológico de aquélla, pero tenían todas de común el ser sus concurrentes hombres de los más cultos de su tiempo.

De modo parecido comenzaron en el siglo XVIII las Reales Academias y Centros similares; así nació en el XIX, sin notarse, el Instituto Valencia de Don Juan.

Reuníanse entonces a pasar la tarde del domingo con el Conde, además de su yerno, varios de los pocos que por aquella época se ocupaban de antigüedades: D. Francisco Laiglesia, los dos Bosch, D. Antonio Vives, Catalina, los Marqueses de Casa-Mena y Laurencín, Pelayo Quintero, Balenchana, Boix, D. Alejandro Pidal, el Embajador de Rusia, Schevitch; Sentenach, el Barón de la Vega de Hoz, el Conde de Crecente y algunos más jóvenes, como el Príncipe Pío, el Conde de las Navas, el Marqués de Valverde y D. José Florit.

Eran los buenos tiempos en que se descubrían *maravillas* en el Rastro y se compraban magníficos tapices a *dos mil reales*, y no estaban lejanos aquellos en que el propio Goya aconsejaba a su familia que no vendiera nunca su famosa *Lechera* en menos de *una onza de oro*, y, sin embargo, según he oído referir a compradores de entonces, ¡se quejaban de los tiempos que corrían!

Que éstos no eran tan malos lo prueban la facilidad y relativa economía con que se formaban colecciones como la de veneras del general Nogués, la de talaveras del Conde de

Superunda, que al morir años más tarde hubo de legarla a S. A. R. la Infanta Doña Isabel, de quien era Camarera Mayor la Condesa; la de porcelanas, más fina, de D.<sup>a</sup> Emilia Gayangos de Riaño; las de relojes, que en sus largas temporadas de residir en el extranjero formaron los Condes de Arcicollar y Pie de Concha; la de armaduras de Argáiz, que pasó después al Marqués de Casa-Torres, poseedor más tarde de importante galería de pinturas, de las que hizo también buen acopio el Duque de Valencia; la que podríamos llamar anecdótica de Romero Ortiz, hoy instalada en el Alcázar toledano; las de los bibliófilos Marqués de Casa-Mena, D. Francisco Zabalburo y los hermanos T'Serclaes, que reunieron importantes bibliotecas, como curiosas especialidades el Marqués de Molíns y D. José M. Esperanza y Sola al coleccionar *Guías* y villancicos, respectivamente; y sin contar las de abanicos, a que fueron siempre inclinadas las damas de nuestra aristocracia; las de múltiples y variados objetos de gran valor artístico y arqueológico que supieron atesorar el Conde de Adanero y el de Castrillo, D. Isidoro Urzáiz y los Marqueses de Heredia, Montortal y Cerralbo, que, como los Fernán-Núñez, Monistrol, Romana, Béjar y Torrecilla, hubieron de aumentar lo heredado con lo que todavía no era moda comprar, y miraban con cierto recelo las cuidadosas *amas de casa* ante el temor, no infundado a veces, de invasiones de insectos por lo menos tan temibles como algunos de las plagas del Egipto.

Las liquidaciones de las importantes galerías de Salamanca y Carderera y las de los muchos muebles, tapices, cuadros, armaduras y libros de las Casas de Osuna y Altamira facilitaban la obra de aquellos perspicaces coleccionistas, no faltando tampoco en el mercado alguno que otro objeto reza-

gado de los que manos poco escrupulosas hicieron salir de los salones del Real Palacio en los días posteriores a la Revolución septembrina.

No era aquel cumplido caballero D. Juan Crooke y Navarrot, que por su casamiento con una de las *siete Condesas*— como por entonces se llamaba a las herederas de los Oñate— llevaba el título de Conde de Valencia de Don Juan, persona que dejara escapar los objetos de verdadero mérito que se pusieran a su alcance, ya que no le faltaban ni inteligencia ni dinero, condiciones precisas que el caso requiere, y así, cuando a su muerte se trasladaron las múltiples antigüedades que llenaban los amplios salones de su residencia de la Carrera de San Jerónimo a la moderna casa árabe que sus hijos, D.<sup>a</sup> Adela Crooke y de Guzmán y D. Guillermo Joaquín de Osma, habían hecho construir en el moderno Madrid, entonces solitario, fueron insuficientes las nuevas estancias para contenerlos, con los adquiridos por el yerno y los heredados de la familia de los Condes de Oñate, una de las más ilustres de la Grandeza de España. Por eso se pensó en edificar un pabellón anexo, que forma hoy lo principal del Instituto Valencia de Don Juan.

Con las antigüedades trasladáronse también los antiguos amigos, a los que fueron sustituyendo y aumentando otros nuevos, y en la calle de Fortuny prosiguió la clásica tertulia del domingo con caracteres verdaderamente originales. Osma deseaba que en tales días sus amigos fueran los amos de su casa; suprimiéronse las etiquetas y él mismo resultaba como un extraño, que a veces desaparecía para dedicarse a algo que preocupara su atención. Nunca con mayor exactitud había podido dedicarse al visitante el consabido tópico de *está usted en su casa*. En efecto, ni la amistad podía exi-

gir más, ni la amabilidad conceder cosa más agradable que reunir a tomar el te a quienes pudieran gozar con una conversación instructiva y amena basada en recuerdos históricos de viajes y museos, y de lo que pudiéramos llamar chismo-grafía arqueológica de los mismos objetos recordados o vistos en las vitrinas que adornaban las paredes.

Dícenme que en la época de D. Alejandro Pidal había discusiones formidables y hasta algunos enfados; yo no he alcanzado más que a las eruditas disquisiciones de D. Elías Tormo y a las agradables y siempre instructivas conversaciones de personalidades tan conocidas por su ilustración como los Sres. Asín, Ribera, Ibarra, P. Serrano (hoy Abad de Silos), Gómez Moreno, Mérida, Obermaier, Vives, Artíñano, Marqués de Lema, Boix, Sánchez Cantón, Marqués de Pons, Longás y Prieto, sin que falte el gracejo andaluz del Conde de las Navas, ni las notas de original ingenio de que sabe dar muestras el Marqués de Camarasa, que, con otros menos asiduos, forman la habitual concurrencia de una reunión no interrumpida ni por la disolvente guadaña de la Muerte, ya que se da el caso curioso de haberlo previsto así el difunto propietario del inmueble, y de haber subrogado su personalidad física la jurídica del Instituto Valencia de Don Juan, representación de lo inmutable y permanente.

Se constituyó éste por escritura pública de 15 de Marzo del año 1916, ante el Notario de esta corte D. Modesto Conde Caballero, siendo testigos de tan importante acto D. Gumersindo Azcárate, D. Gabriel Maura (Conde de la Mortera), y D. Francisco Javier García Leániz, persona de confianza del otorgante, que, por su constante deseo de agradar y excelente criterio, ha desempeñado con general aplauso, en varias etapas conservadoras, la Dirección de Bellas Artes,

y que hoy es Secretario general y Administrador de la referida entidad.

Nada mejor para conocer los móviles que impulsaron al Sr. Osma a hacer tal fundación que los párrafos de esa misma escritura; por ellos sabemos que desde el año 1900 venían ocupándose él y la Condesa, su esposa, de parecidas disposiciones testamentarias, respecto de las cuales marchaban de perfecto acuerdo: *Que fué su constante preocupación la conservación, a los efectos del estudio, de sus colecciones de objetos de arte industrial de antaño, documentos de interés histórico que ha procurado reunir, de su monetario y biblioteca, y, en general, de cuanto siendo ahora suyo pueda conducir a los fines de interés privado en ideal del público interés que a su deseo se imponían.*

Y, más adelante, manifiesta su voluntad de que el Instituto sea Centro docente para españoles y extranjeros *que quieran conocer las artes de antaño y la íntima realidad de tiempos pasados, sin pretender enseñar a los que fueren indiferentes.*

Quería Osma, por un sentimiento de veneración y pudoroso respeto hacia los objetos para él tan queridos, preservarlos de las profanadoras miradas del vulgo, que, no sabiendo apreciar el verdadero mérito, satisface su curiosidad con saber el peso de la joya artística, el tiempo empleado en producirla, o la extensión de la sala que la contiene, datos todos que suelen envanecer a la mayor parte de nuestros ciccerones y probar la paciencia del inteligente que los sufre. Por eso era su deseo que el museo reunido por dos generaciones de los suyos sirviera de enseñanza a los iniciados y de manjar sabroso a delicados paladares.

Otra de las cláusulas de la fundación revela los dos grandes amores de su vida: este Instituto y la Universidad de Oxford, y por eso establece que todos los años se dé cuenta al

Canciller de ésta de la actuación de aquél *como vínculo espiritual*, dice, *entre el ambiente augusto al que debió tanto y la fundación en cuya utilidad cifra esperanzas y deliberada ilusión.*

Para regir el Instituto nombra una Junta patronal, y para formar parte de ella designa a D. Antonio Maura, Director de la Real Academia Española; a D. Miguel Asín, Catedrático y Académico; al Duque de Alba, a D. Archer M. Huntington, Presidente y fundador de la Hispanic Society of America, y a Sir Charles Hercules Read, *Keefer* de la Sección medioeval del British Museum, y como suplentes a los Catedráticos y Académicos D. Julián Ribera y D. Antonio Vives.

Por último, temiendo sin duda que con el tiempo dejara de cumplirse su voluntad, y tal vez escarmentado con lo sucedido en París a la colección Wallace, que hoy admiramos en Londres por desidia del Municipio parisién, manda que si no se encontraran personas que sustituyeran a los patronos por él nombrados, o no se cumplieran las condiciones impuestas, pase el Instituto a ser propiedad de la Universidad de Oxford, que podrá vender casa y solares, cuanto, en fin, no tuere susceptible de traslado. Tal vez esta última disposición parezca a algunos demasiado fuerte; yo sólo veo en ella una amenaza extrema contra la desidia oficial y los atropellos de los gobiernos, que han dejado incumplidas disposiciones testamentarias al tergiversar conscientemente la benéfica voluntad de los testadores, pues los actos todos de la vida de D. Guillermo J. de Osma revelan un acendrado patriotismo, que se manifiesta hasta en sus donaciones a los museos extranjeros, en los que sirven para que se clasifiquen como españoles objetos que la ignorancia o malquerencia atribuyeron a extrañas paternidades.

Lamentable sería, señores Académicos, que salieran de España, hasta para ser admiradas en exposiciones temporales, las obras maestras que nos legaron los artistas que la hicieron tan grande como las espadas victoriosas de sus guerreros; pero aquellas de menor importancia que ocupan puesto de honor en las pinacotecas de otros países, son como heraldos de nuestra cultura y de nuestro Arte.

No puedo menos de recordar aquí la satisfacción que experimenté al llegar a Budapest, tras un largo viaje por el Austria imperial, y visitar las dos salas españolas de su museo, en las que tienen brillante representación, a más de la obra incomparable de Goya, nuestras escuelas del siglo XVII. En tan lejanas tierras era aquello una prolongación de mi patria, a la que se rendía un constante homenaje.

Desde este punto de vista, la labor docente del Sr. Osma no ha podido ser más meritoria, regalando objetos, clasificando otros, y publicando obras que divulgaran lo que fuera la antigua alfarería española, como en las interesantes monografías que llevan por título: *Los azulejos sevillanos del siglo XIII*; *Los letreros ornamentales de la cerámica morisca del siglo XV*; *La loza dorada de Manises en el año 1454*; *Los maestros alfareros de Manises; Paterna y Valencia*; *Las divisas del Rey en los pavimentos de «Obra de Manises» del castillo de Nápoles*, todas las cuales dan perfecta idea de su amplia ilustración y amor al Arte, a ese Arte al que, plagiando la célebre frase del personaje de la comedia de Rojas, consagró su *vida* y su *hacienda*, aun en los para él más ocupados días en que fué llamado a los Consejos de la Corona.

No es de extrañar, señores Académicos, que arqueólogo de tan eminentes merecimientos, especializado en el estudio de las artes industriales de aquellas épocas pretéritas en

que tanto contribuyeron al engrandecimiento nacional, fuera llamado por esta Real Academia a ocupar el merecido puesto entre vosotros; pues al hacerlo así, no sólo honrabais la persona, sino a esa frondosa rama del Arte español, que, dada la época democrática en que vivimos y la importancia que siempre entre nosotros tuvo, bien merecido tiene el ascenso a alternar con sus hermanas mayores, las llamadas Nobles Artes.

Porque la Cerámica, reflejo de las tres primitivas que obtuvieron tal calificativo, no fuera menos acreedora a ostentarlo en el orden cronológico en que nobleza y abolengo se funden en similar concepto, ya que antes que las pinturas trogloditas, rupestres y neolíticas de la Prehistoria; que los iconos idolátricos del Sinaí; que los dólmenes y los muros de los cíclopes, y que los litúrgicos salmos del pueblo de Israel, existió el Supremo Artista, el *Alfarero* del Paraíso Terrenal, dogmática tradición del Cristianismo que inspiró a un poeta contemporáneo aquel final de poesía que dice:

«en el mundo, nacido de la nada,  
el barro fué divino siendo humano.»

Entendiéndolo así vosotros, los académicos de hoy, muchos de los cuales votasteis también a mi ilustre predecesor, habéis rendido homenaje a la Cerámica española al elegirme, ya que, salvando la distancia, que soy el primero en reconocer, no por falsa modestia, sino por imperativo de la propia conciencia, que me recuerda siempre el célebre *nosce te ipsum*, llevo también largos años dedicado a ella, coleccionándola para estudiarla y divulgándola con amor juvenil, por entender que al hacerlo cumplo la obligación del trabajo que

Dios me impuso y altos deberes para con mi patria contraídos.

Por eso facilitasteis todos una noble aspiración que dormía en el fondo de mi alma sin darse cuenta de que llegaba la hora de trocar por realidad el porvenir, lo que a vosotros más que a mí competía, otorgándome el puesto vacante que en la Sección de Arquitectura viene por dos veces consecutivas otorgándose a los que, ocupándose de la Cerámica, merecen, según reciente disposición de la Real Academia de la Lengua, llamarse *ceramistas*.

Nada más natural ni lógico que mientras posibles innovaciones del reglamento concedan propia sección en esta elevada entidad a las Artes Industriales, sea la de Arquitectura la que cobije a aquéllos, ya que la Cerámica guarda íntima relación con ella al servirla del más preciado elemento decorativo, cual me propongo manifestaros brevemente, como tema de mi discurso, protocolaria imposición de esta clase de actos, que nada nuevo ha de enseñaros después de los luminosos estudios del mismo Sr. Osma y de otros no menos apreciables que desde Ríocreux y Davillier han publicado en revistas, folletos y libros los señores: Amador de los Ríos, al tratar de *mosaicos, azulejos y aliceres*; Riaño, escribiendo la guía del visitante a la parte española del *South Kensington Museum*; Gestoso, historiando los barros sevillanos; como Páramo y el P. Vaca, los de Talavera; y Pérez Villamil, la porcelana del Buen Retiro; y de modo más general, abarcando las diversas manifestaciones de la Cerámica española, Artíñano y Font y Gumá; mientras se detienen más en la levantina Tramoyères, Valls y Folch y Torres, y en la hispanoárabe nuestro Presidente de Sección, D. Ricardo Velázquez, que es para todos venerable maestro.

A ellos y a pocos más se debe la bibliografía que sobre tan importante materia poseemos, escasa ante su grandeza, más que suficiente a nuestro actual intento.

---

No vengo a enseñaros, pero sí a recordaros, ya que el recuerdo es concepto complementario del saber, que la Cerámica, al través de los siglos, es el elemento más importante de la decoración arquitectónica; y dejando de lado los artísticos remates usados en fachadas, balcones y escaleras, y las decoraciones de interiores y jardines en que no desdeña revelar su supremo arte alguno de nuestros grandes escultores contemporáneos, he de concretarme al *azulejo* en sus múltiples aspectos de *mosaico*, por incrustación o por adaptación de aliceres; de *cuerda seca*, nombre que hace referencia al cordón de grasa y manganeso hábilmente dispuesto en los contornos del dibujo para evitar la confusión de los colores; de *cuenca* después, al ser el molde el que formando los resaltos lograba la misma finalidad; para terminar en sus coetáneos los *planos* de estilo italiano, que en los albores de nuestro retrasado Renacimiento puso de moda en nuestros alfares Francisco Niculoso, *El Pisano*.

El azulejo, provenga de la palabra latina *assula* (dimutivo de *assis*) o de la árabe *azuleych* (*azu-lej*), tiene antigua y constante tradición española.

Desde tiempo de los romanos por lo menos se conocía en España el arte de vidriar los barros, por lo que pocas civilizaciones estarían tan preparadas como la nuestra para acoger la moda oriental y usar los procedimientos de aque-

lla técnica en el revestimiento de los muros y en los pavimentos de los edificios.

Moda oriental, porque antes que España conocieron el azulejo los grandes pueblos de la antigüedad, si bien hemos de hacer constar que su forma vulgar del barro vidriado, no económica en la actualidad y tenida por costosa en nuestro siglo XVI, en el que se decía al derrochador: *no harás casa con azulejos*, se presenta en períodos de decadencia cuando la economía impone alejarse de los mármoles y de los esmaltes del vidrio, que enriquecieron los palacios de los persas y de Bizancio, y que conocieron las fastuosas construcciones del Califato cordobés.

Es éste fenómeno que se ha presentado siempre en la historia de la Cerámica artística, y cuando escribí la de Alcora apunté que la importancia que aquélla adquirió en el siglo XVIII, en que llegaron a su apogeo las fábricas sajonas, francesas, italianas y españolas, se debió a las leyes suntuarias de la centuria anterior, que al prohibir el uso de vajillas de plata, hicieron que los ostentosos cortesanos de Luis XIV buscaran la compensación en las no menos artísticas y costosas que el inteligente trabajo del hombre había de producir sobre las tosquedades del barro primero o los refinamientos del caolín después: que la primera materia importa poco cuando se doblega a la inteligencia humana, sublime destello de la llama divina.

De los egipcios no sabemos que revistieran los muros de sus casas con lozas esmaltadas, pero sí que hasta el pasado siglo los viajeros que por aquellas tierras se internaban veían las placas vidriadas de verde que adornaban una de las cámaras de la pirámide de *Sakkarah*. Mr. Garnier habla de los frisos de las murallas de *Babilonia*, los que adornaban tam-

bién los palacios de *Khorsabad* y de *Ninive*, representando leones, águilas, unicornios y estrellas de esmalte amarillo sobre fondo azul.

De iguales o parecidas tonalidades fueron los revestimientos de las residencias de *Nabucodonosor* y *Sardanápalo*, y esmaltes policromados cubrían la fachada del palacio de Artajerjes en *Susa*, viéndose también tejas esmaltadas en las mezquitas de la misma Persia.

La Pasión del Señor, escrita por el evangelista San Juan, nos habla de que el tribunal en que Pilatos juzgó a Cristo se llamaba *Lithostrotos*, nombre griego que aludía a tener pavimento de mosaico.

Pero si fuéramos a estudiar las diversas manifestaciones de la loza vidriada en la arquitectura oriental, nuestro empeño nos llevaría demasiado lejos, y vuestra atención fatigada observaría, sin embargo, que me faltaba la debida preparación para desarrollar tan amplio tema. Ni éste podría contenerse en las páginas de un discurso, ni mi osadía podría abusar de tal modo de vuestra ya otorgada benevolencia.

Tan poderosas razones me obligan a encerrarme en las fronteras de mi patria, que hartado dilatado es el campo de la antigua azulejería española, y no pequeña su importancia en los días de su resurgimiento, a que asistimos, para no conceder a su estudio la mayor atención posible dentro de la índole del presente trabajo.

---

Fuente a que han acudido cuantos han querido ocuparse seriamente de esta materia, son los escritos de *Ali ben Musa Aben Saud*, hombre de ciencia, historiador y político (como

jefe que fué de la plaza de Algeciras), que nacido en Alcalá la Real, del reino granadino, en los primeros años del siglo XIII, fué a morir, recogido por los literatos del Cairo, en el de 1274, después de largas estancias en Alejandría, Bagdad y Damasco.

De su obra titulada *El que habla bien acerca de las bellezas de Occidente*, y que abarcaba no menos de quince volúmenes, siendo una especie de crónica del Andalucía, que alcanzaba hasta el año 641 de la Hégira (1243 de nuestra era), encontramos un importante párrafo contenido en la de *Al Makari*, por fortuna traducida al inglés en 1840 por nuestro compatriota el sabio arqueólogo D. Pascual de Gayangos.

Después de hacer constar que las industrias andaluzas alcanzaban perfecciones tales que cuando empezaba un andaluz a referirlas no tenían fin sus alabanzas, lo que constituye un curioso reconocimiento del abolengo hiperbólico de una raza, dice Aben Said, y éste es el objeto de la cita, que se fabricaba por entonces una especie de *al-mofassas* (los mosaicos de cristales bizantinos), conocida en Oriente por *al-fosaisesa* y en el andaluz por *azulejo*, con la cual pavimentaban las casas, siendo de colores tan maravillosos que suplían las brillantes tonalidades de los mármoles, *que tanto gustaban en Oriente*.

Tal era la primera manifestación del azulejo morisco, que distaba mucho de la *al-mofassa* verdadera, conocida en España tres siglos antes por el espléndido regalo con que el emperador León de Constantinopla quiso obsequiar a Abderramán III en los célebres suelos destinados a su palacio de Medina Azzahra y Mezquita de Córdoba, donde aun se conserva uno de ellos.

Sábese que el Califa, admirado, quiso implantar en sus

estados la fabricación de tan fastuoso elemento decorativo, pero se ignora la realización del intento, por no haberse encontrado, hasta el presente, base sólida en que fundarla.

Pero ya que no encontremos en nuestra patria vestigios de haberse fabricado en ella los mosaicos del vidrio a estilo bizantino, y que hasta comienzos del siglo XIII no aparezcan de modo indubitado los aliceres de esmaltada loza, lo que hizo creer al Sr. Amador de los Ríos que el azulejo fuera importación almohade, hemos de consignar como preciado antecedente, los trozos de pavimentos formados por *incrustaciones de piedra en cajas abiertas en baldosas de barro* dibujando sencillas grecas y tableros de ajedrez en sus bordes, citados en su obra por el Sr. Velázquez, incansable investigador de las ruinas de los fastuosos palacios que en las estribaciones de la Sierra de Córdoba, sirvieron de efímero descanso a Abderramán III y a Almanzor; técnica que constituye la primera manifestación del azulejo (1) y que va apareciendo también, aunque en revestimientos murales, en la gran mezquita que próxima a aquéllos se levanta en la antigua capital del califato español.

Tres siglos más tarde, y coincidiendo con la dominación de los almohades, aparece el *mosaico de aliceres por adaptación*, del que es apreciable ejemplar el que procedente de la iglesia de San Andrés, de Sevilla, conserva el Instituto Valencia de Don Juan, iniciando una época en que la azulejería continúa pujante en el pueblo vencido, entre los llamados *mudéjares* primero y *moriscos* después, cuyo arte se revela en Toledo, Sevilla, Córdoba y Granada, al través de posteriores centurias, hasta llegar en la décimosexta a la nueva

---

(1) *Pequeña piedra bruñida.* (Diccionario de la R. A. Española.)

técnica de los azulejos de composición, tan propicia a la espléndida ornamentación del Renacimiento.

Una variante del género formaba el encintado arabesco que contornea el dibujo marcando la aludida caja, y que llegando en su uso al siglo xv, reviste la portada del templo de San Isidoro del Campo, en Santi Ponce, el histórico monasterio que conserva los restos de su fundador, aquel héroe de leyenda que se llamó Guzmán el Bueno, cuidadosamente custodiados hoy por el Marqués de Martorell, en quien ha recaído tan importante Patronato, como representante de una de las ramas de la ilustre Casa de Medina Sidonia, la primera entre las ducales españolas.

El patio de las Doncellas del Alcázar sevillano, cuya época se discute entre la de su fundación y aquélla en que fué restaurado por los Reyes Católicos, y en el que se cuentan por millones las piezas de seis centímetros que lo integran, es otra muestra del azulejo por inscrustación.

Más propios de la segunda mitad del siglo xv son los azulejos llamados de *cuerda seca*, que constituyen un paso hacia procedimientos más sencillos, menos costosos y de similares efectos; pues los más conocidos de la capilla de la Casa de Pilatos se sabe que, si son del xv, pertenecen a los últimos años del siglo, ya que por ese tiempo comenzaron las obras, según indica la inscripción de su portada, que dice: *Mandó hacer D. Pedro Enríquez, Adelantado Mayor de Andalucía y D.<sup>a</sup> Catalina de Rivera, su mujer*, que fallecieron respectivamente en 1492 y 1505, por lo que hubo de continuar las obras, después de su viaje a Tierra Santa, su hijo D. Fadrique, primer Marqués de Tarifa, título que, como el palacio, posee hoy el Sr. Duque de Medinaceli.

De todos es sabido que, aparte de esos azulejos con re-

flejos metálicos y de los muy conocidos de los escudos de Enríquez y Rivera, es la *Casa de Pilatos*, como la de *las Dueñas*, del Sr. Duque de Alba (pero en mayor escala la primera), verdadero museo de azulejos de *cuenca*, la otra especie que empezaba a generalizarse en los albores del siglo xvi, por ser su manufactura mas sencilla aun, más económica también.

Pero hemos hablado incidentalmente del azulejo de reflejos metálicos, y antes de entrar a estudiar las profusas manifestaciones de la azulejería del siglo xvi, tenemos que volver la vista a la región levantina, ya que en ella, y mediado el siglo, llega a su mayor perfección el arte del barro dorado, importado a Manises a fines del xiv, al propio tiempo que se marcaba su decadencia en Granada. Así lo afirma Osma, después de darnos a conocer el importante documento notarial, por el que en 1444, D. Galcerán de Requesens, Lugarteniente del Rey en el principado catalán, contrata azulejos con sus armas, en *oro y azul*; de hablarnos de las tejas italianas (o planas) hechas en Paterna en 1432 para el tejadillo de la cruz de Mislata, y de tratar con extensión de todo un folleto de los pavimentos de *obra de Manises*, que salieron por los años de 1446 al 1458 para el castillo real de Nápoles.

En efecto, el reflejo metálico es tradición constante en los alfares valencianos, que llega hasta nosotros con notable ejecución.

Otro género de azulejería del siglo xv, conocido antes en Valencia que en Sevilla, y que se fabricó también en la región toledana siguiendo una moda general de pavimentación, es la *holambrilla*, pequeño azulejo de unos 7 centímetros, que, representando dibujos de arabescos, de animales

y de cabezas humanas, abarca las distintas técnicas de *cuerda seca*, *cuenca* y *planos*, pintados con estarcido. Como es sabido, completa los dibujos que se pueden combinar con alargadas baldosas.

Con gusto me detendría a estudiar este género de azulejos que la moda vuelve hoy a extender entre nosotros, pero es mi deber hacerme cargo de las circunstancias de lugar y de tiempo, y temo cansaros cuando nos espera el dilatado campo del Renacimiento, en el que se establece la noble emulación entre los alfares de las comarcas de Valencia, de Aragón, de Sevilla y de Toledo, con sus diversas manifestaciones esta última, de la capital, apenas conocida (1), de Talavera, a la que se dice que ya en 1222 concedió el Rey San Fernando privilegio para fabricar azulejos y ladrillos, y de Puente del Arzobispo, especie de selva virgen, ante la cual se detiene la exigente investigación contemporánea, desorientada por gratuitas opiniones de propios y de extraños.

Y es el siglo XVI el que, abarcando todas las manifestaciones de la técnica, ya que desde sus comienzos aparece trabajando en Sevilla a la italiana Francisco Niculoso, el *Pisano*, el que produce esa profusión de obras que nos admiran, ya formando los conocidos zócalos del Alcázar de Toledo y del pabellón de Carlos V en los jardines sevillanos, con el característico *plus ultra*, y las águilas de dos cabezas, que recuerdan damascos de su época, confundidos por al-

---

(1) Ya en el siglo XV eran buscados los azulejos que se hacían en la Imperial Ciudad; Riaño, dice haber leído una carta fechada en Zaragoza en 1422 y escrita por D.<sup>a</sup> Juana de Aragón a la Abadesa de Santo Domingo el Real, encargándola azulejos de los que allí se hacían, con colores amarillos, negros, blancos y verdes. Por cierto, que añade Riaño, que la Reina pidió a Sevilla artífices que los cortasen. (*Classified and descriptive catalogue of the arts objects of Spanish production in the South Kensington Museum.*)

gunos con otros portugueses posteriores: los talaveranos de los palacios de Torrijos y Guadalajara y del castillo de Oropesa; los toledanos del Salón de Cortes de la Diputación de Valencia; los valencianos del castillo de Alacuas; los aragoneses, llamados de *riña de gallos*, de Alcalá de Henares y de la casa de los Ram de Viú, en Calatayud; ya solerías como las del castillo de los Vélez, en Vélez Blanco, terminado por el Marqués, D. Pedro Fajardo, en 1515, y cuyas losetas se-  
mejan puntiagudos rombos, y guardan íntima relación con las que forman el pavimento de la capilla inglesa de Bristol, por los mismos años fabricado; las del Ayuntamiento y coro de San Jerónimo, de Granada; las del Monasterio de Veruela, del que por aquella época fueron abades mitrados tres infantes de Aragón, de procedencia ilegítima, siendo curioso anotar que los tres llegaron a ser Arzobispos de Zaragoza, habiendo sido el primero (D. Alonso de Aragón, hijo natural del Rey Católico y padre, no menos natural, de los otros dos) elegido Arzobispo a la inverosímil edad de seis años, con la también natural protesta de la Santa Sede; las del castillo de los Alburquerque, en Cuéllar, y del Convento de San Juan de la Penitencia, de Toledo y, en fin, las que hasta el pontificado del gran León XIII se veían en las salas Borgia del Vaticano; ora altares, cual los de la capilla de los Reyes Católicos del Alcázar de Sevilla, firmado por Niculoso en 1504, uno de ellos; el de la iglesia de Tentudia, en Extremadura, debido al mismo artista; los que imitaban frontales de brocado, como los citados por Artiñano y Páramo, de la iglesia de Lanzahita y Monasterio de Santa Fe, de Toledo, y aquél de la capilla de Santa Bárbara de la Catedral vieja de Salamanca, mudo testigo de tantas vigili-  
as pasadas ante él por los aspirantes a la investidura doctoral; los te-

chos formados por azulejos, tan usuales en Valencia, Sevilla y Aragón; las fachadas completas, como la de Carmona, reproducida por Gestoso en su obra; y la de Concenterina, anotada por el Sr. Soler; y, por último, la asombrosa portada de Santa Paula, con sus notables medallones, feliz interpretación del ornamental estilo de la Robbia.

Combinados con los azulejos de zócalos y de techos del siglo XVI, encontramos los de escudo, pero su amplia variedad y el creerlos más propios de las investigaciones de la heráldica que del tema propuesto para este discurso, me hace sólo mencionarlos aquí, aunque a manera de ejemplo os hable brevemente de una serie de las más importantes, tan apreciada por coleccionistas y anticuarios, que, según he oído, andan ya por el mercado hábiles falsificaciones de ella. Me refiero a los azulejos llamados de *Baena*. Fórmase por cuatro escudos de a dos losetas cada uno, de tamaño total de 26 a 27 por 25  $\frac{1}{2}$  centímetros, representando los blasones conocidos de otros cuatro ilustres linajes: el de los *Fernández de Córdoba*, de la rama de los Condes de Cabra, con el *moro atado* en su punta, y las 22 banderas de la batalla de Lucena, como orla, que marca época; el de los *Zúñiga*, con su banda negra, semejante a los de los Carvajal; el de los *Mendoza*, con las bandas y el Ave María; y el de los *La Cerda*, con su león, castillo y lises, aunque trocados en este caso por no haberse tenido en cuenta el orden en que habían de quedar los cuarteles al invertir la estampación, pues son de la técnica de los de *cuencia*. Respétanse en ellos los colores heráldicos, menos el rojo, que, como es sabido, ante la dificultad de obtenerlo en la cerámica, se suple pintándolo sobre el barro natural, que la mayor parte de las veces se destaca en ellos.

Estos azulejos proceden del techo de una balconada del Convento de la Madre de Dios, en la villa de Baena, fundado entre el palacio de los Condes de Cabra y la Parroquia Mayor en 1510, por el tercer Conde de Cabra, Señor de Baena, D. Diego Fernández de Córdoba y Mendoza, hijo del vencedor de Boabdil, y D.<sup>a</sup> Francisca de Zúñiga y La Cerda, su mujer. De los quince hijos con que el Cielo quiso bendecir esta unión, tres de las hijas fueron prioras en el mismo convento: la primera, con dispensa pontificia cuando apenas contaba diez años, y a ellas deben de referirse los azulejos, cuyos escudos coinciden con sus apellidos, y toda vez que el convento estaba por completo terminado al verificarse en él, en 1518, con toda la pompa y boato que el rango y posición de los contrayentes requería, la boda del hermano mayor de las prioras con su prima D.<sup>a</sup> Elvira, Duquesa de Sessa, hija única y heredera del Gran Capitán.

La gran influencia que en el arte de la cerámica española en general ejerció la técnica del *Pisano*, se mostró de especial manera en Talavera, tal vez última residencia de Niculoso, reflejándose en la obra de loza de sus alfares, durante todo el siglo xvii, de modo tan singular, que a falta de otros datos bastaría, en muchos casos, para determinarla.

Los grandes zócalos de asuntos de composición, iniciados en la anterior centuria, tienen en ésta su mayor desarrollo. Baste citar aquí los de la ermita de Nuestra Señora del Prado, inspirados en pasajes de la vida de la Virgen, y fechados en 1636; y los del Concejo toledano que, fabricados en 1696, según rezan cartelas de los mismos, representan batallas de los tercios de Flandes.

Es éste, género que perdura en el siglo xviii en toda la península, pues recuerdo haber visto como de estas fechas,

pero sin poder precisar la procedencia, un gran zócalo en el comedor de la artística residencia de los Marqueses de Fronteira en los arrabales de Lisboa, y entre deliciosos jardines ornamentados también con azulejos, representando aquéllos, batallas entre españoles y lusitanos, en las que, como era de esperar, resultaba vencedor un ascendiente de tan ilustre familia.

Algunos críticos ceramistas atribuyen a la expulsión de los moriscos, prejuicios sociales y modas que pudiéramos llamar caolínicas, la decadencia general que al llegar al siglo XVIII sufren nuestras antiguas fabricaciones del barro; yo no he de investigar las causas, básteme ahora anotar los efectos, que se manifiestan evidentemente en los alfares de Triana, y en los de Talavera donde otra industria se desarrollaba a la sazón llevándose, como todo lo nuevo, los brazos de los artífices y absorbiendo lo disponible para pagarlos; la fabricación de la seda, efímera manifestación del arte industrial, que por el momento había de dar tanta fama a la población que baña el Tajo, como sus seculares alfares. Según las memorias políticas y económicas de Larruga, en 1720, eran éstos ocho con cuatrocientos obreros, y en 1730 cuatro de género muy inferior. La relación que en 1780 hizo el municipio talaverano de sus industrias no los cita, pero sin embargo existían algunos ya que en la segunda mitad del siglo, artistas de Alcora dejaron en ellos dibujos y procedimientos usados en la importante fábrica de los Aranda.

Esta y la Real del Buen Retiro habían importado nuevos métodos más al gusto refinado de la época, y desde mediados del siglo la pasta caolínica base de la porcelana de la China, mientras la incultura popular encalaba sin piedad la

azulejería de las iglesias, movida sin duda por un extraño concepto de la limpieza, sólo comparable al que tiene de ella la que se perfuma sin lavarse.

Sin embargo, a pesar de esa decadencia de los procedimientos antiguos que se nota en todo el siglo XVIII y parte del XIX, la fabricación valenciana y más modestamente la toledana, mantienen la tradición y en el monasterio de Porta-coeli se ven todavía, como en los patios de la Imperial Ciudad, zócalos, que son muestras perfectas, que avaloran el género.

La misma Alcora produce los humorísticos azulejos de loza tan usuales en las cocinas valencianas, de las que es acabado tipo la que en su palacio de Benicarló posee el conocido coleccionista, Marqués del mismo nombre, en los que se ven graciosas escenas de la vida cocinera, tales como las de ágiles menegildas que hurañas persiguen a perros o gatos por el galante delito de haber querido probar las viandas por ellas aderezadas.

Otras veces esos zócalos valencianos y catalanes, reproducían tipos de los antiguos gremios que tanta importancia tuvieron en aquéllas comarcas, y no pocas, rotulaciones alusivas a las preocupaciones de su tiempo, como la que un amigo mío me dice haber conocido en la cocina de uno de aquellos conventos en que se sostenía la célebre polémica sobre la Inmaculada Concepción, antes de su declaración dogmática por Pío IX.

Decía así:

A pesar de los dominicos  
y del padre provincial,  
fué concebida María  
sin pecado original.

Los pavimentos, tan necesarios en toda obra de arquitectura, no podían tampoco quedar olvidados en aquellas fábricas, y de la de Alcora salieron algunos verdaderamente notables, siendo característico de ellos el formar composición completa por habitación, y uno de los más hermosos el que se admira, colocado como decoración mural, en la *torre*, de depurado gusto Carlos IV, que en Pedralbes (Barcelona), sirve de residencia a los Condes de Güell y de adecuado albergue a sus valiosas colecciones.

Y, mientras en el Levante español se hacían obras tan perfectas que compensaban la decadencia general, era en el centro de Castilla, en la manufactura del Buen Retiro, donde se llegaba a los límites a que pudiera aspirar la fantasía al elegir a la Cerámica como elemento decorativo de la Arquitectura, dejándonos dos habitaciones completas revestidas, no ya de azulejos, sino de fastuosa decoración de porcelana con relieves de hojarasca, aves, medios jarrones y angelotes que dan a las regias estancias de los Palacios de Madrid y Aranjuez la impresión de fastuosidad oriental de que hice mención en las primeras páginas de este trabajo.

Los apuntes que de la fábrica de Alcora conservo, dicen que también se fabricó allí la decoración de una habitación completa; pero hasta la fecha no he podido comprobar el dato, y me extraña no haberlos encontrado materiales entre tantos moldes como en ella he visto.

---

Y aquí terminaría, Sres. Académicos, que hartó fatigó vuestra atención quien sólo pretendió entretenerla con el re-

cuerdo de lo que tiempo hace aprendísteis; pero no quiero hacerlo bajo la impresión pesimista de que los años nos alejan de aquellos últimos resplandores que en la industria cerámica española representan los nombres de Alcora y del Retiro, como más tarde los nobles intentos de Sargadelos y la Moncloa, resplandores de sol poniente, sustituidos luego por los del fuego de las batallas y las cenizas de la ruina.

Por fortuna para España, asistimos al resurgimiento potente del gran arte industrial que conocimos con nuestros primeros pobladores, que perfeccionamos con el trabajo de nuestros moriscos y las galas del Renacimiento, en el que supimos asimilar, mejorándolo, cuanto bueno el extranjero produjo y que encarnó con propia savia en el alma española, alma de artista, de creador, de poeta, que despierta porque no la deja dormir el sol meridional, que abrasa más que calienta los modernos hornos de Manises, la de los metálicos reflejos; de Triana, la de los vivos colores; de Talavera, la de los característicos azules que parecen fabricados con las aguas de su caudaloso Tajo.

¡Bien hayan los nombres de vuestros patrióticos restauradores: los Vilar y Mora; los Soto, Jiménez y Mensaque; los Páramo, Guijo y Luna, sin olvidar el de mi querido amigo D. Sebastián Aguado, que en las ruinas de señorial palacio toledano crea un arte nuevo sobre la sólida base de antiguas tradiciones, ni el del malogrado artista Daniel Zuloaga, que, allá en Segovia, bajo la bóveda de abandonado templo, imprimió su original carácter a la esmaltación del barro!

Merced a vuestro desinteresado trabajo, a vuestra constancia, a vuestra experiencia, vemos hoy cómo la cerámica,

enriqueciendo modernas construcciones y adornando los nuevos jardines, vuelve a marcar, unas y otros, con el sello indeleble de la patria, dándoles fisonomía propia fuera de exotismos con que hábitos extraños del pasado siglo quisieron avasallar nuestra admirable arquitectura nacional.

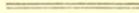
Y resurge el género en sus varias manifestaciones que la exageración de la moda hace tal vez demasiado profusas, queriendo unir el buen deseo, la variedad de nuestros climas, y trayendo a la austera y fría meseta castellana los vistosos y cálidos revestimientos andaluces y levantinos, no tan sólo para adornar los interiores de las casas, sino sus fachadas y parques, mientras el hielo implacable descascarilla lo que de antaño érale desconocido, como si quisiera velar por los fueros del regionalismo artístico.

¡Bien haya también la benemérita Sociedad Española de Amigos del Arte, que, con sus Exposiciones anuales, tanto ha contribuído a esta obra restauradora, educando el gusto de todas las clases sociales, no por más elevadas menos necesitadas de ello!

Y sea para vosotros, los Académicos de la Sección de Arquitectura, que, después de dedicar vuestra vida a leer en las piedras carcomidas por el paso de los siglos, la menos engañosa de las historias, dejáis escritas en las piedras nuevas y en las hojas de tantos libros las más brillantes páginas de la artística contemporánea, el último parabién que con la más efusiva expresión de agradecimiento para con la Academia toda, os dedica aquel que teniendo vuestra compañía como la más honrosa de sus aspiraciones, y por noble estímulo el recuerdo de quien, al compartir vuestras tareas, ilustró su mismo apellido, llamó a vuestras puertas modestamente, sin meter ruido, con el fajo de papeles al principio

aludido, pero bien acompañado por miembros prestigiosos de vuestro seno, y al que dísteis vuestros votos, al notar que falto de otros méritos sentía el amor al Arte, que es el amor de la patria que admiró el Mundo en la portentosa labor de sus hijos.

HE DICHO





He terminado, señores Académicos, la grata labor que una costumbre protocolar exige; pero antes de tomar asiento entre vosotros, permitidme que, traspasando quizá los límites de ella, dirija un entusiasta saludo a la Imperial Ciudad, capital artística de España y de la provincia que en el Senado represento, cuna de literatos, albergue de artistas, preciada residencia de eximios gobernantes, rico museo de nuestra Arquitectura, tumba que encierra nuestras pretéritas grandezas; Toledo, en fin, que, correspondiendo de modo inusitado a los grandes afectos que la tengo, envía a esta solemnidad su representación más alta.

Si, *nobles, discretos varones que governays a Toledo*, cuando la rápida locomotora, atravesando los campos de la fértil Sagra, os devuelva a vuestros hogares, decidla, como a los pueblos de su contorno, que, si son fuertes los vínculos que el nacimiento impone, mayores son aún los que forja la libre voluntad, sólida base de familiares tradiciones y de la Propiedad, que al terruño nos liga, a los que se une desde hoy, otro más potente que fuera en mí, villanía desconocer: *la Gratitude*.

CONDE DE CASAL



# DISCURSO

DEL

EXCMO. SR. D. LUIS DE LANDECHO Y JORDAN  
DE URRIES



## SEÑORES ACADEMICOS :

**A**L aceptar agradecido el honroso encargo de dar en vuestro nombre la contestación reglamentaria al discurso que nuestro nuevo compañero D. Manuel Escrivá de Romaní y de la Quintana presentaba para ser leído en el solemne acto de su incorporación a esta Real Academia, como uno de sus miembros de número, cargo para el que fué elegido por vuestro voto unánime, mi natural satisfacción por el honor que con ello se me concedía me hizo no pensar en aquel momento en la insuficiencia de mis condiciones personales para poder realizar aquel encargo de modo que correspondiera dignamente, así a la importancia del acto como a los méritos que adornan al nuevo Académico. Pero la realidad se impone, y sólo vuestra benevolencia, que estoy seguro no ha de faltarme, me da ánimos para cumplir mi cometido.

No se inscribe por vez primera entre los nombres de los señores Académicos de número el ilustre apellido de los Escrivá de Romaní; a ello alude en su brillante discurso el Sr. Conde de Casal; muchos de vosotros conocisteis,

como conocí yo, al noble Marqués de Monistrol de Noya, Barón de Beniparrell y Conde de Sástago, D. José María Escrivá de Romaní y Dusay, quien desde 1868 a 1890 formó parte de nuestra Academia en su Sección de Arquitectura, y todos sabéis el grato recuerdo que en ella dejó aquel ilustre prócer, de quien, con gran acierto, pudo decir su sucesor que siendo Grande de España por su familia, «supo ser grande en saber, grande en bondad, y aun en figura varonil y en corpulencia, grande».

Miembro de tan ilustre stirpe, de abolengo valenciano, nuestro compañero, en quien había de recaer el título de Conde de Casal que Don Felipe IV concediera a D. Cristóbal de Cavanilles, también valenciano, no es de extrañar que desde su infancia viera dirigido su espíritu, cual lo fué el de su deudo, al apartamiento de la ociosidad y de la ostentación que su alcurnia y sus medios de fortuna le brindaban, y al desarrollo de su inteligencia, de sus aficiones al estudio y al amor a las Bellas Artes, que tanto contribuyen a hacer grata la vida a quienes, por su posición social, no se encuentran obligados al trabajo diario para subvenir a las necesidades cotidianas más perentorias, que es el camino mejor para que, formándose así los hombres que la conveniencia pública reclama, instruídos, de inteligencia desarrollada y amantes del bienestar de todos, puedan ponerse al frente de la civilización y dirigirla por buen camino, única manera de que aquélla se desarrolle normalmente, encaminada al bien, a la verdad y a la belleza, fuentes puras de las que procede todo progreso real.

¡ Bienvenido sea a esta Real Academia quien ha sabido recoger el fruto de tales enseñanzas !

Bachiller en Artes y Licenciado en Derecho civil y ca-

nónico, Gentilhombre de Su Majestad, por quien fué premiado con el Marquesado de Alginet para perpetuar así un antiguo Señorío de su ilustre casa, viene el Sr. Conde de Casal demostrando, en las diversas esferas de su actividad, que ha sabido aprovechar las enseñanzas recibidas y procurar su desarrollo, contribuyendo, por su parte, al de la cultura general y artística, ya fundando, de su peculio particular, en el pueblo de Ventas, con Peña Aguilera, una escuela de primera enseñanza para niñas, instalándola en un edificio especialmente construído para ello, al que, por orden suya, se le ha dado un aspecto que, estando en consonancia con el destino del edificio, recuerde las buenas tradiciones de la Arquitectura española, o ya fundando, con el producto de su última obra, un premio que la Real Academia toledana reparte anualmente a los jóvenes pobres y aplicados que la presentan los talleres de cerámica de aquella provincia.

Y si estos antecedentes hacen patentes las nobles prendas que adornan al Conde de Casal y le acreditan como de corazón generoso y enamorado de las Artes, sus numerosos escritos, publicados en periódicos y revistas y en folletos, como, por ejemplo, su *Bosquejo histórico de la parroquia de San Sebastián*, de esta corte, acreditan su clara inteligencia y sus profundos estudios en el orden histórico-artístico de los conocimientos.

Estos estudios y sus aficiones le condujeron a coleccionar objetos artísticos de todas clases, más pronto esta actividad fué especializándose hacia las obras ejecutadas en España, que luego se concretaron aún más, dedicándose a reunir obras producidas por la Cerámica y viniendo, por último, y por natural selección de su espíritu, a especializarse en los productos de la fábrica de cerámica de Alcora,

de aquella fábrica que el Conde de Aranda, sucesor de los Ximénez de Urrea y padre del que llegó a gobernar a España como Ministro del Rey Carlos III, fundó en sus estados de Alcañón, reuniendo al efecto en una sola entidad los numerosos hornos de cántaros o alfares que en Alcora existían de antiguo.

El estudio de las obras de la Cerámica ha llegado a ser el predilecto tema del Sr. Conde de Casal, convirtiéndole, de un entusiasta aficionado, en un *amateur* de esos de quienes un escritor ha dicho que son «profesionales que no comercian con sus obras». Buena prueba de ello es el notable discurso que acaba de leernos, tan interesante como bien documentado, y que refleja con verdad la importancia que la Cerámica toda, y en especial la ornamentada de pintura, tiene en la Arquitectura, madre de todas las Artes del dibujo, en la que todas tuvieron su origen y se desarrollaron, llegando después algunas, como la Pintura y la Escultura, a formar ramas separadas, con engrandecimiento tal que constituyen en el día Artes Bellas independientes, por haber dedicado sus obras a trabajos que, si bien tienen su complemento natural en la Arquitectura, a la que sirven de ornato, pueden vivir y viven independientes de aquélla.

Pero la Cerámica, como algunas otras artes de la construcción, tales como la Cerrajería artística, la Vidriería, la Carpintería, etc., si bien pueden producir y producen obras aisladas, no han llegado a esa vida independiente y forman las que se llaman Artes menores, y aun Artes pseudo-bellas, a las que algunos consideran incapaces de deleitar, como las Artes formalmente bellas, ni de alcanzar su fin esencial, concediéndolas tan sólo lo que llaman «cierta medida de belleza».

Tal opinión no puede admitirse, ni tampoco los despectivos nombres antes apuntados, pues ni el Bello absoluto puede llegar a obtenerse en ninguna de las Artes Bellas, que, como obras humanas, han de contentarse con ostentar, en mayor o menor grado, los elementos estéticos, ni es indispensable que sus obras formen parte de otras de Arquitectura para que la Belleza en todos sus grados las haga dignas de la admiración de las gentes.

El desarrollo de la Cerámica principió con la civilización, comenzando por el ladrillo, producto cerámico conocido desde la más remota antigüedad y que tan importante papel desempeña en la Arquitectura, ya como elemento constructivo exclusivamente, ya como elemento también decorativo, que los artistas han sabido utilizar para obtener grandiosos efectos estéticos, de los que en España tenemos ejemplos notabilísimos, así en la civilización árabe como en la cristiana que a ella siguió.

A este primer empleo de la Cerámica se unió pronto el del ladrillo con una de sus caras vidriadas o con esmaltes, aplicándolos a decorar paramentos de muros, impostas y cornisas en fachadas de edificios, suelos y frisos de interiores y cuantos elementos de la Arquitectura pueden recibir una decoración pintada, bien combinando los colores de diversos ladrillos, como en los alicatados moriscos, o bien haciendo las combinaciones en el ladrillo mismo al tiempo de su fabricación, como en los azulejos, de los que se encuentran ejemplares notabilísimos en la antigua Persia.

El empleo de estos elementos es tan antiguo que no ha sido dado averiguar cuál sea el país en que tuvieron su origen, ni siquiera puede asegurarse que fueran ellos los primeros productos cerámicos fabricados, pues que también

desde los más remotos tiempos se conocen vasijas, platos y ánforas de barro cocido, es decir, de cerámica, unas veces simplemente torneados a mano, otras con dibujos y molduras, pero sin capa de esmalte que los cubran, y otras con esta capa y en ella dibujos de todas clases y colores. Mas no por no formar ellos parte de un edificio puede entenderse que están completamente desligados de la Arquitectura, pues que si han de ser reputados bellos, responderán necesariamente a las características de utilidad y conveniencia que las clasificarán como obras de aquel Arte. Bien lo prueban los platos persas y de Rodas que se conservan en el Museo de Sevres y las ánforas de nuestra Alhambra.

El desarrollo posterior de esta clase de obras, que suele clasificarse por la pasta tierna o dura de su contextura, ha alcanzado a todas las naciones europeas; en Italia, Lucca della Robbia consiguió pintar figuras y composiciones sobre el azulejo, convirtiéndole en un verdadero cuadro, y ejecutó obras escultóricas recubiertas de esmalte opaco a base de estaño con ligeras indicaciones de color; Faenza supo colorear de rojo sus productos, teniendo la fortuna de dejar su nombre (Faience) como expresivo de esta clase de obras; Francesco Xauto, Gracio Fontana, Georgio Andreoli y tantos otros a quienes no pocas veces ayudaron pintores no ceramistas, como Battista Franco, elevaron a elevadísimo grado las obras de este arte; en Francia, Bernard Palissy, tan notable físico como artista pintor y como fabricante, descubrió los esmaltes, y las fábricas de Nevers, Rouen, Moustiers, Strasbourg y otras difundieron el arte cerámico en objetos artísticos del mayor interés; en Alemania, los Hirschvogel, discípulos de Alberto Durero, hicieron célebre su fábrica de Nuremberg, inventando la estufa de cerámica vidriada, y

los establecimientos de Meissen, Anspach, Höchst y Frankenthal fabricaron piezas de lujo con figuras alegóricas inspiradas en porcelanas de la China y del Japón; en Suiza son notables los productos económicos de la fábrica de Thoun, por su originalidad; en Holanda se han hecho célebres los productos cerámicos de Delft, dejando Aegestin Reygens obras de extrema importancia; en Inglaterra, Atsbury inventó el empleo de los esmaltes transparentes en plomo y feldespato, y Wedgwood los de color crema conocida por Queen's ware o porcelana de la Reina, que se desarrollaron en las fábricas de Lambeth, Staffordshire, Bradwel, etcétera.

No fué menos frondoso el movimiento de la industria cerámica en nuestra patria, como acaba de explicar el señor Conde de Casal, siendo, sin duda, lo más interesante el de las fábricas de Manises, Sevilla, Talavera de la Reina y Alcora.

Acerca de los productos artísticos de esta última fábrica, tiene publicado nuestro nuevo compañero un interesantísimo y voluminoso libro con el nombre de *Historia de la cerámica de Alcora*, y él demuestra que sus amorosas investigaciones no se han detenido en el estudio histórico-artístico de su tema, estudio seguramente muy interesante, aunque no el de mayor importancia en el Arte, sino que ha penetrado en el fondo del asunto, investigando los orígenes de la fabricación, composición química de las diversas tierras en ella utilizadas, forma y disposición de la maquinaria empleada, procedimientos usados, así técnicos como administrativos, principales modelos que se ejecutaron en las tres épocas de su funcionamiento, semejanzas y diferencias que los productos de Alcora presentan con los de otras fábricas

similares, y hasta una colección de recetas de los más afamados artistas que las ejecutaron.

No serían necesarios mayores méritos para que la personalidad del Sr. Conde de Casal encontrara abiertas las puertas de esta casa, ni para dejar patente la justificación de vuestra elección para el cargo de que hoy toma posesión, en el cual la Academia toda, y singularmente su Sección de Arquitectura, confían que su gestión ha de ser grandemente favorable para las Bellas Artes, que siempre fué de nobles caballeros dedicarlas sus más fervientes anhelos, «inclinados a favorecer las buenas artes, mayormente las que por su nobleza no se abaten al servicio y granjería del vulgo».

No se crea por esto que la inteligencia del nuevo Académico ha limitado su esfera de acción a los estudios artísticos; en otros órdenes de la vida, no menos importantes para la prosperidad nacional, ha demostrado sincero deseo de aportar su actividad y sus conocimientos en diversas materias, y como Senador del Reino, como Presidente de la Cámara oficial de la Propiedad urbana de Madrid, como Vocal de la Junta consultiva de Urbanización y Obras del Ministerio de la Gobernación, del Consejo de la Asociación de Agricultores de España y del Centro de Cultura de Valencia, como miembro de la Real Academia de Bellas Artes de Toledo, como Vocal del Patronato del Museo del Prado y Secretario de los Amigos del Arte, y en obras católico-sociales, acude siempre al cumplimiento de los altos deberes, que, como él declara, «reconoce tener contraídos para con su patria».

Este es nuestro nuevo compañero, y al tener el honor de enviarle el parabién que la Academia toda, y especialmente

su Sección de Arquitectura, le dedica en este día, permitiéndome terminar mi cometido exclamando: ¡Bienvenido sea a esta Real Academia quien por tantos títulos ha sabido hacerse acreedor a su nombramiento!

HE DICHO.

